

**PROA LIBRE SOBRE MAR GRUESA
DE ENRIQUE A. LAGUERRE:
INVENTANDO LA TRADICIÓN PARA
CONSTRUIR UNA COMUNIDAD IMAGINADA**

Resumen

El trabajo se propone demostrar que Enrique Laguerre culmina en la novela histórica Proa libre sobre mar gruesa un proyecto literario de construcción de una conciencia nacional puertorriqueña, proyecto en el cual utiliza conceptos que posteriormente vinieron a circular en el espacio de los estudios postcoloniales, tales como: comunidad imaginada de Benedict Anderson y el de invención de la tradición de Eric Hobsbawn. Laguerre está consciente de la construcción que esto implica y así lo acepta desde el primero de sus trabajos ensayísticos y de divulgación periodística hasta insertarlo en la meta ficción que expone en la novela

Palabras clave: *conciencia nacional, invención de la tradición, meta ficción, Enrique Laguerre, Proa libre sobre mar gruesa*

Abstract

This paper tries to demonstrate that, with his historical novel Proa libre sobre mar gruesa, Enrique Laguerre finishes a literary project of the Puerto Rican national consciousness construction. In this project he uses concepts that later circulated in the post-colonial studies space, such as: Benedict Anderson's imagined community and Eric Hobsbawn's tradition invention. Laguerre is aware of the construction that this implies and he agrees with it from his first essay and journalistic publication, up to the moment he inserts it in the novel's metafiction.

Key words: *national consciousness, tradition invention, metafiction, Enrique Laguerre, Proa libre sobre mar gruesa*

ACECHOS IMAGINADOS

Hoy que la postmodernidad ha decretado la muerte de los relatos de la nacionalidad, dedicaremos nuestra atención a uno de los portavoces más consciente de esa práctica condenada. Enrique A. Laguerre, ajeno, pero no ignorante de los vaivenes críticos y epistemológicos, crea, construye y expone sistemáticamente, tanto en trabajos paralelos a su escritura narrativa (ensayos, artículos y columnas periodísticas, conferencias y programas radiales), como en los textos narrativos mismos, su poética literaria. En este trabajo me propongo demostrar que Laguerre culmina en la novela *Proa libre sobre mar gruesa* un sostenido proyecto literario de construcción de una conciencia nacional

puertorriqueña, proyecto en el cual aplica conceptos que posteriormente vinieron a circular en el espacio de los estudios postcoloniales, tales como: *comunidad imaginada* de Benedict Anderson¹ y el de *invención de la tradición* de Eric Hobsbawn.² Ya que ésta obra es una novela histórica para acercarnos al texto utilizaremos algunas de las categorías que expone el crítico y escritor Fernando Ainsa, sobre la nueva novela histórica latinoamericana.³

Los primeros señalamientos, que hace Laguerre, sobre la construcción de lo nacional, se encuentran en dos ensayos publicados en 1977, "Levadura de la historia en la narrativa puertorriqueña" y "Concha Meléndez y los polos de la cultura iberoamericana". En ellos, Laguerre amplía unas ideas que ya había esbozado en "Examen de nuestra historia", segunda sección de su libro, *Pulso de Puerto Rico* (1957), en el que establece la necesidad de apropiarse de materiales históricos como dispositivos que le permitieran construir un proyecto de identidad nacional. En "Levadura de la historia ..." afirma "No importa cuán pragmática sea la política de un país cualquiera, siempre hay lugar para la exaltación mítica de su historia".⁴ Y más adelante en el texto añade:

¿Qué significación tiene para el país esta levadura de la historia? Es, sencillamente, la religión de la nacionalidad. Y, a mi juicio, ningún país puede aspirar al internacionalismo si antes no logra implantar la fe en sí mismo. Sobre todo en países —como el nuestro— que no han logrado la propia soberanía.⁵

Los sintagmas "exaltación mítica", "religión de la nacionalidad", "fe en sí mismo" y "símbolos y mitos" apuntan hacia un campo semántico que prefigura lo que luego Anderson calificará como "comunidades imaginadas" y Hobsbawn como "invención de la tradición". En el caso de Laguerre, como el de tantos otros miembros de la Generación del Treinta, esta construcción era un proyecto generacional urgente, ya que debido a la situación colonial de Puerto Rico, no se había desarrollado un imaginario propio que nos sirviera, como a la mayoría de los países, para afirmar nuestra especificidad dentro de lo internacional.

En el ensayo "Concha Meléndez..." Laguerre reconoce el impulso que ella, junto a Antonio S. Pedreira y Carmen Gómez Tejera, le dieran para escribir e identifica el compromiso que desde entonces asumió:

¹ *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London, Verso Edition, 1983.

² Eric Hobsbawn and Terence Ranger (Eds.), *The Invention of Tradition*, Great Britain, University Press, Cambridge, 1988.

³ "La nueva novela histórica latinoamericana", *El Nuevo Día*, (Revista Domingo) 15 de marzo de 1992, pp. 7-14.

⁴ *Polos de la cultura iberoamericana*, Boston, Florentia Publisher, Inc., 1977; p. 57.

⁵ *Ibid.*

Creo que no me hubiera impuesto a esas restricciones sin el alentador y constante estímulo de Concha Meléndez. Pensé que venía obligado a corresponderle creando el mito de nuestra historia en la novela, que tanta falta hacía a nuestra expresión colectiva. Posteriormente ella ha hecho referencia a la presencia de los símbolos y los mitos que en mi narrativa leudan la masa de la historia patria.⁶

Mencionar a Pedreira, Meléndez y Gómez Tejera es apuntar hacia la Generación del Treinta y en "Levadura de la historia..." Laguerre ubica el proyecto que él visualiza como la construcción de una conciencia nacional dentro de esa generación.

Pese a las dudas de las nuevas generaciones, en este sentido de formar conciencia nacional, se le debe mucho a la generación treintista, admitidas sus limitaciones. La revisión de nuestro haber histórico, la decisión de reincorporarse al ibero americanismo, la toma de conciencia de nuestra triple herencia, la disposición de librarnos de ciertos pudores colectivos, el patrocinio de la creación en todas sus fases —literatura, música, artes plásticas—, que luego habría de tomar firmamento en el Instituto de Cultura; son claros signos de la empresa que aquella generación treintista ejerció.

Creo, pues, en una independencia nutrida por la particular manera de ser —conducta social y espiritual puertorriqueña. He escogido esta posición para practicarle puertorriqueño y para leudar los actos vitales de la historia puertorriqueña. Si he respondido a la vocación de escritor debo aceptar el reto: lanzarme a procurar la levadura de la historia puertorriqueña en la concreción de las hazañas sociales —pormenores repetidos y hechos singulares— sobre mi tierra, que me hace más fuerte cuando me pongo en contacto con ella. No puedo practicarle puertorriqueño sin profundas convicciones de ser puertorriqueño, de ser antillano, de ser americano.⁷

Esta práctica de la puertorriqueñidad la cumple Laguerre con su incesante labor literaria, práctica escritural que lo convierte en uno de los autores más prolíficos de la literatura puertorriqueña. Todavía hoy Laguerre, a sus noventa y siete años, sigue activo y publica una columna semanal en el periódico *El Vocero*, de Puerto Rico.

En su proyecto narrativo, Laguerre ha señalado que aspira a trazar el desarrollo histórico de la sociedad puertorriqueña desde sus inicios hasta el presente. En sus dos novelas propiamente históricas, Laguerre presenta dos épocas. En *La resaca*, de 1949, retrocede hasta el final del siglo XIX, ya que ahí, fijaban los treintistas los inicios de la puertorriqueñidad, pero en *Proa libre sobre mar gruesa*, de 1996, retrocede, aún más, y ubica ese despertar en el siglo XVIII.

⁶ *Ibid.*: p. 12

⁷ *Ibid.*: pp. 59-60.

NOVELAS EN BUSCA DE AUTOR: CONSTRUYENDO UNA NOVELA HISTÓRICA

Este interés de Laguerre por el siglo XVIII coincide con la labor que para estos años venían realizando varios profesores del Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico, sobre todo, Arturo Morales Carrión y Aida Caro Delgado, quienes le servirían a Laguerre como fuentes históricas para su novela. La profesionalización de los estudios históricos en Puerto Rico y la fundación del Departamento de Historia, en el 1944, propicia la publicación de varios estudios históricos. Laguerre celebra estos sucesos y dedica, de su libro *Pulso de Puerto Rico* (1952-1954), una sección, llamada "Examen de nuestra historia", para reseñar varios de esos libros. En estos comentarios, adelanta ya varias de las ideas que culminarán en la redacción de *Proa libre sobre mar gruesa*.

En el ensayo "Seminario de historia" señala que en Puerto Rico hace falta que se haga "una especie de selección del pensamiento y la actitud histórica de hombres representativos de las distintas épocas de nuestra vida colectiva"⁸ y en la reseña de la conferencia de Sebastián González García, "Un pintor puertorriqueño del siglo XVIII", incluye el nombre del corsario, Miguel Henríquez, en el listado de biografías ejemplares de la cultura puertorriqueña de los siglos pasados. Otra mención que hace de posibles personajes, la encontramos en la siguiente cita, en la cual vuelve a mencionar a Henríquez:

Preciosas leyendas pudiera haber sobre el pirata Almeyda sobre cuya prisión hace Manuel Alonso una emocionada evocación cuando aquel estuvo encerrado en una de las bóvedas del Morro y era gobernador en la Fortaleza don Diego Lamela; sobre el ataque inglés de 1797; sobre la larga función militar de San Juan y el contrabando de la Isla; sobre las hazañas del zapatero Miguel Henríquez, que se convierte en caballero y corsario y ataca a los ingleses en Vicques;...⁹

De ahí, que cuando decide en los años noventa darle paso a este personaje, que venía exigiéndole su derecho de nacer desde los cincuenta, lo construya envuelto en aires de leyenda, como lo había adelantado en otro de los ensayos de esa sección: "En todas partes del mundo cuando se conoce la historia patria, se refuerza ésta con interpretaciones más o menos legendarias o míticas."¹⁰

Laguerre detecta narratividad intrínseca en este tipo de historia cuando examina el libro de Arturo Morales Carrión, *Puerto Rico and the Non Hispanic Caribbean*. En su programa radial "Puntos de partida", del 21 de septiembre de 1952, reseña el libro y hace los siguientes comentarios, que luego no aparecerán en un artículo (versión reducida del programa) que tituló "Puerto Rico y el Caribe" en *Pulso de Puerto Rico*:

⁸ *Pulso de Puerto Rico* (1952-1954) San Juan, Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1956; p. 133.

⁹ *Ibid.*; p. 140.

¹⁰ *Ibid.*; P. 138

A pesar de lo científico de su método logra Morales Carrión un efecto dramático de incalculable mérito al presentar sus pruebas hacia un fin: el nacimiento de una conciencia colectiva a principios del siglo XIX. Logra esto utilizando abundosos elementos históricos de unos siglos generalmente poco estudiados y, por lo tanto, llenos de lagunas. Sugiere muchos dramas y muchas novelas en busca de autor. Este libro de Morales Carrión tiene la virtud de ser una acumulación de hechos vivos presentados casi en forma de *suspense*.¹¹

Aunque Laguerre no acepta una de las tesis fundamentales del estudio: "...posiblemente la idea de insularismo es un extremo y, probablemente también, la idea de puerta abierta es otro extremo."¹² Sí encuentra, en ese texto, su protagonista y casi prefigura el título de su novela:

Victima Puerto Rico de una constante amenaza pirata, soportó con brava estoidad la casi interminable acechanza de ingleses, daneses, holandeses y franceses. Vivió en una vorágine de codicias europeas. Algún hijo suyo —Miguel Henríquez— cabalgó su bravura sobre el mar pirata. Y no quiso morir de inanición legal; enfrentóse a un destino fatalista: vivir de contrabando.¹³

Entre ese encuentro inicial con el personaje y su circunstancia y la publicación de la novela, en 1996, pasa casi medio siglo. Sin querer agotar un inventario de hitos histórico-culturales, Laguerre presencia el estallido ideológico de los sesenta (descolonización de múltiples países africanos y asiáticos, el movimiento de los derechos civiles de los negros en Estados Unidos, la revolución cubana, la teología de la liberación); hechos históricos que van acompañados de los pensadores que más influyeron en el Puerto Rico de izquierda de esa década, entre los cuales están: Frantz Fanon, Albert Memmi y Roberto Fernández Retamar. A esto se une, en el aspecto literario, la proliferación, sobre todo, en las décadas de los ochenta y noventa, de lo que se ha denominado como la nueva novela histórica latinoamericana de fin de siglo, que se nutre de las nuevas teorías críticas post-coloniales y deconstruccionistas tan en boga.

Fernando Ainsa en su artículo "La nueva novela histórica latinoamericana" recapitula una serie de novelas y algunas de las características que él considera representativas de este tipo de discurso ficcional. Entre los aspectos que Ainsa señala destacamos los que, con las debidas modificaciones, pueden encontrarse en *Proa libre sobre mar gruesa*. En primer lugar queremos destacar que el texto efectúa una "relectura histórica que impugna la legitimación instaurada por las versiones oficiales de la historia."¹⁴ Laguerre, como hemos

¹¹ Libreto para el programa radial *Puntos de partida*, del 21 de septiembre de 1952; p. 7. [Documento inédito] Seminario Federico de Onís, UPR, Recinto de Río Piedras.

¹² *Ibid.*, p. 5.

¹³ *Pulso de Puerto Rico*, op. cit.: p. 94.

¹⁴ *El Nuevo Día*, (Suplemento Domingo), 15 de marzo de 1992; p. 7. A este respecto también he consultado a María Cristina Pons, *Memorias del olvido. La novela histórica de fines del siglo XX*.

señalado en el acápite "Novelas en busca de autor...", opone al listado de próceres liberales blancos, la figura de un mestizo, de un pardo —Miguel Henríquez— ignorado por la historia oficial, hasta que aparece el libro que le dedica Ángel López Cantos,¹⁵ como protagonista de la historia puertorriqueña. En esta impugnación de la historia oficial, Laguerre coincide con lo que señala José Luis González en *El país de cuatro pisos*, al proponer al negro como el primer piso de su edificio nacional, aún cuando no tuvieran ellos un concepto de patria nacional.¹⁶ Sin embargo, en este punto Laguerre, en su dimensión de novelista, va más allá que González como sociólogo, pues en su novela, tanto Henríquez como sus detractores, identifican en él al *hombre nuevo* que se define por su otredad y oposición a lo europeo, tal como lo concibieron Bolívar y Martí. En este posicionamiento Laguerre concurre con lo que Ainsa señala sobre la nueva novela histórica: "Esta nueva novela se caracteriza por la superposición de tiempos históricos diferentes. Hay un tiempo novelesco—presente histórico de la narración—sobre el cual inciden otros tiempos. Las interferencias pueden ser del pasado, pero también del futuro en forma de anacronías deliberadas."¹⁷ En efecto en *Proa libre...* se puede detectar el pensamiento bolivariano y martiano decimonónico" en el ideologema del "hombre nuevo" aún cuando la novela tiene como referente histórico el siglo XVIII. Un elemento constituyente de esa conceptualización que Laguerre adscribirá al personaje de Henríquez es destacar la pluralidad racial que subraya en sus ensayos y novelas:

Nos quedan, pues, las sedimentaciones de esa herencia indígena, sobre la cual asiento mis más íntimas realidades de hombre indafrispano. Para practicar me escritor nacional puertorriqueño he aceptado el indafrispanismo antillano. Es Adalberto Linares, uno de los personajes de *El fuego y su aire*, quien expone los conceptos del indafrispanismo. Yo creo en eso, aparte de que otros no lo crean, y es mi convicción en mí que me lleva al intento de leudar nuestra historia y de forjar la idea de "lo puertorriqueño".¹⁸

Por eso es que hace que converjan en Henríquez las tres razas que caracterizan nuestro mestizaje cultural: la africana y caribe a través de sus abuelos, bisabuelo y madre; y la europea a través de su innominado padre español. La importancia que Laguerre le confiere al mestizaje en la constitución de ese hombre nuevo puede evidenciarse en la contestación que le da a la pregunta que le formula Marithelma Costa sobre la génesis de ese personaje: "Estoy buscando

México, Siglo Veintiuno Editores, 1996.; Mónica Scarano, Mónica Marinone y Gabriela Tineo, *La reinención de la memoria*. España, Beatriz Viterbo Editora, 1997; Peter Elmore, *La fábrica de la memoria. La crisis de la representación en la novela histórica latinoamericana*. México, Fondo de cultura económica, 1997.

¹⁵ Miguel Henríquez, Puerto Rico, Ediciones Puerto, 1998.

¹⁶ José Luis González, *El país de cuatro pisos*, Rio Piedras, Ediciones Huracán, 1980; p. 20.

¹⁷ Ainsa, *op. cit.*; p. 7.

¹⁸ *Polos de la cultura iberoamericana*, Boston, Florentia Pub., 1977.

la identidad del puertorriqueño y ese personaje del siglo XVIII me proponía el inicio de esa identidad.”¹⁹ Más adelante se preocupa por señalar la vinculación entre sus dos novelas históricas: “En *La resaca* trabajo el último tercio del siglo XIX cuando se establece la primera república en España. En el XVIII, época de *Proa Libre*, Puerto Rico empieza a formarse como pueblo, allí se da el principio de la puertorriqueñidad”.²⁰

Este señalamiento podría apuntar a que *Proa libre* implica una reevaluación histórica por parte de Laguerre, pues alejándose del siglo XIX, época que los treintistas señalaron como el momento de forja de la nacionalidad, Laguerre retrocede hasta el siglo XVIII, —como lo hace Edgardo Rodríguez Juliá en sus novelas *La renuncia del héroe Baltasar* y *La noche oscura del niño Avilés*— y sustituye al prócer liberal blanco por el pardo Henríquez.

Ya en 1950, en su artículo, “Carta a Ciro Alegría. El problema racial de la isla no es a base de blancos y negros”, Laguerre afirma la importancia que para él tienen el mestizaje y los mestizos —como protagonistas, no como compar-sa— papel que la historia oficial le asigna en la mayor parte de las ocasiones:

Yo creo, con toda honradez, que nosotros seremos americanos dignos, sólo cuando logremos estar orgullosos de nuestro mestizaje. Cuando una persona es mestiza no debe necesariamente pensarse negra o india o blanca sino lo que es: mestiza, integralmente americana; y en sentido universal, hombre, ser humano. El verdadero porvenir de América está en lo que hace o haga el mestizo.²¹

Más adelante, en el mismo artículo, apoyándose en Cayetano Coll y Toste, hace un listado de mestizos que se han destacado en las artes, la política y el civismo puertorriqueño, y que Coll y Toste resalta por su carácter de iniciadores o fundadores en cada una de esas áreas. Entre ellos, menciona a Marín, el primero de nuestros grandes compositores de música popular; Gutiérrez, nuestro primer compositor de música operática; a Campeche, nuestro primer gran pintor; a Betances y Baldorioty, nuestras primeras grandes figuras del civismo y a Rafael Cordero, el primer gran apóstol de la enseñanza elemental.²² La enumeración que hace Coll y Toste de este panteón de próceres mestizos le permitirá a Laguerre preguntarse: ¿por qué no incluir, entonces, a Henríquez como el primer forjador de la puertorriqueñidad, otorgándole así, a las acciones de los personajes, un carácter cultural de diferencia, de *otredad*, contrario a lo que otros, sólo considerarían como un hito más en la carrera delictiva o contestaria del corsario? Aunque Laguerre expone estas ideas sobre la importancia del mestizo a través de múltiples artículos y ensayos a lo largo de su trayectoria literaria, no es sino hasta *Proa libre* que un mestizo ocupa un papel protagónico

¹⁹ Enrique Laguerre. *Una conversación*, Puerto Rico, Plaza Mayor, 2000; p. 86.

²⁰ *Ibid.*: p. 87.

²¹ Laguerre. *El Mundo*, Puerto Rico, 15 de agosto de 1950; p. 11.

²² *Ibid.*: p. 11.

en su obra y desde ese mestizaje focaliza "la realidad puertorriqueña", aspecto que requeriría una ulterior indagación del porqué de esta omisión en los papeles protagónicos de su narrativa.

EL HOMBRE NUEVO Y SU PROA LIBRE

Esta categoría del *hombre nuevo*, que podemos trazar desde el Bolívar de "La carta de Jamaica", el Martí de "Nuestra América" y el Roberto Fernández Retamar de "Calibán", por sólo nombrar algunos escritores que se han pronunciado sobre ese concepto, se articula como una de las oposiciones binarias que le proporcionan una tesitura dialéctica a la novela. De hecho ese concepto de *hombre nuevo* es una isotopía enunciada, ya sea por el corsario o por sus detractores, como es el caso de Simón Contreras, cuyas palabras inauguran el primer epígrafe de la novela: "Desarrolló Henríquez un espíritu de mar gruesa entre las islas y los islotes del Caribe... es un *hombre nuevo*²³ que busca acomodo en un mundo que ya le pertenece- Simón Contreras."²⁴ Este epígrafe funciona como una de las coordenadas dentro de las cuales debe decodificarse el texto.

Esta función connotativa se mantiene a lo largo del texto, ya que a intervalos sostenidos el autor implícito le encomienda a sus personajes, ya sean opositores como don José del Pozo Honesto: "Nosotros, hijos de conquistadores, residimos en un mundo que ya comienza a no ser nuestro, y Henríquez es representativo de ese mundo que se nos está escapando",²⁵ o defensores como el padre Gerónimo a quien podemos considerar como un heterónimo del autor implícito, que nos recuerde la analogía entre Miguel Henríquez y el hombre nuevo:

Trato de prever qué rumbos lleva este brote de energías, irresistible como los vendavales que nacen en África y se convierten en huracanes del Caribe, y no acierto a explicar qué quiere y hacia donde va Henríquez, potencial enemigo de las viejas instituciones europeas... Es un hombre nuevo que busca acomodo en un mundo que le pertenece aunque se lo ericen de hostilidad. Su vida es una heroica pugna por imponerse, pese a las ojerizas, y no cesa de reclamar espacio en donde colocar su lugar de hombre nuevo, de ser humano con arrebatadoras ambiciones que quizás puedan llegar a ser benéficas.²⁶

Estos hombres nuevos tienen siempre algo diferente. Yo mismo comencé a experimentarme diferente desde que por poco me dejo sorber por ellos. No sé de que obediencia a la Santa Madre Iglesia se habla si ellos nos están desafiando con sus mancrillas, a las que con frecuencia se asoma un indio o un negro...no me rebate ni se

²³ *Subrayado* nuestro.

²⁴ *Proa libre sobre mar gruesa*. Barcelona, Alba Editorial, 1996, [s.p.].

²⁵ *Ibid.*: p. 66.

²⁶ *Ibid.*: pp. 98-99.

encabrita, mantiene silencio y luego no pone reparos en ejercitarse como hombre diferente. Tengo entonces que comprender que Miguel es el "hombre nuevo" que he sugerido...²⁷

Todos estos pronunciamientos incluyen, por supuesto, como parte de esta categoría la dimensión mestiza que el autor implícito le adscribe a Henríquez. A estas declaraciones que provienen de los personajes que representan el poder civil y eclesiástico se unen las del propio personaje, Henríquez y aunque él no use directamente el sintagma de hombre nuevo, éste queda implicado en su discurso:

Ya anticipaba el cielo abierto, bajo el cual se habrían de descubrir los caminos hacia horizontes situados mucho más allá del círculo visible. Para una persona como yo, que había vivido viendo el mundo por un embudo, explorar nuevos rumbos era maravilla; ya me cansaba el recinto cenagoso de los manglares.²⁸

Más adelante en la trama de la novela, Henríquez, al definir a Nicasio Jaserbá, su socio y compañero, no hace sino definirse a sí mismo: "Se había solidarizado con mis propósitos de aventurero... Se reconoce pertenecer a una nueva estirpe humana que ya se forja en América."²⁹ Esta lucidez, o conciencia histórica (de clara estirpe bolivariano-martiana) en un personaje del siglo XVIII es, por supuesto, un anacronismo o licencia narrativa que la nueva novela latinoamericana le permite a Laguerre.

EL MORRO, LAS MURALLAS, SAN JUAN: PROA LIBRE, EL MAR, EXTRAMUROS

Otra de las polarizaciones que articula el autor para erigir la otredad de Henríquez es su identificación y la de sus opositores con espacios y contextos teñidos de significados contrapuestos. El Morro, las murallas y lo que se denomina intramuros se oponen a la apertura de "proa libre" o vocación de extramuros que Henríquez encarna. Obviamente lo que Laguerre destaca aquí es lo que ya hemos señalado; la novelización de las ideas Arturo Morales Carrión presenta en *Puerto Rico and the non Hispanic Caribbean* y que Laguerre comenta en su programa radial "Puntos de partida" con el título de "Puerto Rico y el Caribe":

3º El ambiente rural, alejado de vanidades, fue lo que nos dio lo mejor de nuestro carácter. Pasaron tres largos siglos antes de que el San Juan oficial y amurallado comprendiese que Puerto Rico estaba allá, al otro lado de las murallas...

4º Víctima Puerto Rico de una constante amenaza pirata, soportó con brava estoicidad la casi interminable acechanza de ingleses, daneses, holandeses y franceses. Vivió en una vorágine de codicias europeas. Algún hijo suyo —el Henríquez— cabalgó su bravura sobre el mar pirata. Y no quiso morir de inanición legal: enfrentóse a un destino fatalista: vivir de contrabando.³⁰

²⁷ *Ibid.*; p. 117.

²⁸ *Ibid.*; p. 202.

²⁹ *Ibid.*; p. 221.

³⁰ Libreto para el programa *Puntos de partida* del 21 de septiembre de 1952; p.7, Seminario Federico de Onís, UPR.

Como podrá observarse en esta lectura que hace Laguerre del texto de Morales Carrión, están las coordenadas y el personaje de su novela, y para que todo encaje Laguerre obvia el hecho de que Henríquez, el personaje histórico no era de extramuros sino que vivía en San Juan y erige al personaje novelesco como una emanación de lo que puede florecer fuera de las murallas. El Morro, las murallas y San Juan, más que monumentos, representan, en el entramado de la novela, documentos o significantes que han de decodificarse como iconos o signos del poderío militar del imperio español. Paradójicamente la novela apenas incurre en representaciones físicas del recinto cerrado, no hay descripción de las celdas del castillo donde se encuentran los principales antagonistas, de las murallas o de San Juan; todo el esfuerzo del narrador va dirigido a hacernos sentir el carácter envolvente y opresivo de lo que estas piedras, o más bien, petroglifos significan. De hecho, la mayor parte de las alusiones al contorno físico se hacen desde la perspectiva de los que representan el poder español, pues son ellos quienes han impuesto su construcción, inscribiendo sobre la naturaleza virgen estos símbolos de su poder, como también fue el caso de las ciudades muradas de Campeche y Cartagena..

En la oración inaugural del primer capítulo de la novela “—Gracias por venir a verme a esta casa sin luz”,³¹ don José del Pozo Honesto no alude precisamente al significado emblemático del poder que hemos señalado, sino que —por su particular circunstancia de encarcelamiento— coincide con el significante de opresión que esas piedras tendrán para los puertorriqueños que fueron encarcelados por, precisamente, quererse liberar de esas murallas, entiéndase, España. A continuación las murallas se focalizan desde la perspectiva de don Remigio Zuloaga, escribano mayor del gobernador quien juega en la novela el papel de abogado del diablo y exhibe como otros personajes una lucidez dialéctica que sólo se alcanzará siglos después:

Estas gruesas murallas que rodean la ciudad, desde San Cristóbal a la bahía, de San Cristóbal a El Morro, de el Morro a La Fortaleza; estas murallas, digo, son mucho más que las piedras que se usaron para levantarlas, mucho más que una defensa del Presidio Militar; es una formidable barrera entre el Presidio Militar y San Mateo de Cangrejos, entre un ser humano habitante intramuros, con privilegios especiales, y otro ser humano habitante de San Mateo de Cangrejos, con su carga de trabajo inmisericorde, su pobreza, su desnudez...³²

Cuando el narrador siente la necesidad de incluir una vista panorámica de San Juan, no lo hace desde un punto de vista pictórico o escultórico, sino desde la antinomia que junto a San Mateo de Cangrejos estos ámbitos constituyen:

³¹ *Ibid.*: p. 11.

³² *Ibid.*: p. 29.

El San Juan murado era pequeño, pero aún así ahí radicaba el mundo de don José. Desdeñoso era de todo cuanto sucedía extramuros, más allá de la Plaza de Santiago, enfrente de la cual se extendían las cortinas de la muralla. Esta se iniciaba en el reducto de San Cristóbal. Siempre figurándose europeo y muy urbano, acostumbraba caminar solemnemente por las pocas calles del San Juan militarizado: la Caleta, Luna, Sol, Bella Unión, Santa Catalina, Cristo, Calle de los Bobos. El caserío enrarecía según se iba acercando a la Puerta de Santiago. Era el único lugar de la isla que le traía reminiscencias de su Europa, a pesar de las calles sin empedrar. Los nombres de los barrios de San Mateo disonaban en sus finos oídos: Buyola, Chicharo, Gandul, Machuchal... don José se sentía atraído a las paredes pétreas de la iglesia de San José, el convento de los Dominicos, La Fortaleza, la Casa Blanca, las imponentes estructuras de los fuertes, los bastiones, las puertas, las cortinas de muros, la catedral inconclusa...³³

Por otro lado, a Henríquez siempre se le asocia con el derribo de las murallas, con el vivir extramuros:

...el Capitán de Mar y Tierra y favorecido con la Medalla de la Real Efigie, el Capitán don Miguel Henríquez —tal tratamiento le ha dado su más tenaz perseguidor, don Francisco Danío y Granados—, enriquecido con las “presas” de sus correrías en el Caribe, casi se ha entretenido derribando murallas.³⁴

...—Qué mejor ocasión para recontárselos al señor Obispo. No pocas veces pensé, de muchacho, que algún día habrían de derribarse las murallas...³⁵

Esta oposición converge con la propuesta del Caribe como correlato objetivo de Henríquez y del hombre nuevo, correlato que ya había señalado el padre Gerónimo al homologar a Henríquez con “los vendavales que nacen en África y se convierten en huracanes del Caribe”.³⁶

Desde el inicio de mi carrera de hombre de mar me sentí atraído por la avasallante fuerza invisible que se cernía de confín a confín en el Caribe, matriz criadora de naciones en los dos continentes. Con sólo tocar una de las cabillas del timón, enviaba un aviso tácito a las corrientes marinas y a los vientos para solicitarles los rumbos abiertos hacia la consecución de mi desideratum. Decidí que prefería esta vida de riesgos que me proponían el viento y las corrientes a las murallas que se levantaban entre los seres humanos, para distanciarlos en la proximidad.³⁷

A estas dicotomías que organizan la novela se unen varios silencios, omisiones o alteraciones a los cuales el texto somete la figura de Henríquez. En primer lugar, en el discurso ficcional se ubica a Henríquez, como hemos señalado anteriormente, como procedente de San Mateo de Cangrejos para que cumpla

³³ *Ibid.*; p. 34.

³⁴ *Ibid.*; p. 29.

³⁵ *Ibid.*; p. 163.

³⁶ *Proa libre...*, p. 24.

³⁷ *Ibid.*; p. 217.

con la dicotomía intramuros-extramuros, sin embargo, él era vecino de San Juan. Tampoco se hace alusión a la condición de propietario de esclavos, aun cuando Laguerre estaba consciente de ello: "Es cierto, es un comerciante y es un esclavista también. Henríquez vivió hasta 1743; pero mi obra se desarrolla hasta 1725,..."³⁸ Se incluye, sin embargo, un episodio en que se sitúa al personaje dándole refugio a un esclavo fugitivo lo que iría en contradicción con su carácter de propietario. Por último, y sin agotar el inventario de transformaciones, la vida amorosa de Henríquez se conforma de acuerdo con el proyecto de confederación antillana vigente desde el siglo XIX y formulado, principalmente por Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos. De ahí que el narrador recurra a casar a Henríquez, el personaje novelesco, con una mujer procedente de las islas danesas, cuando no consta que el personaje histórico así lo haya hecho. Su segunda mano y socio en todo es Nicasio Jaserbá también de origen danés-santomeño, tríada que nos recuerda la de *La peregrinación de Bayoán*, aunque mirando ahora hacia el Caribe no hispánico. Anticipándose a las objeciones que a este respecto se le podrían formular, Laguerre en la entrevista con Marithelma Costa puntualiza la relación que él concibe entre historia y ficción, desde el punto de vista de su práctica escritural y usa como ejemplo la creación de este personaje:

MTC: ¿Cree entonces que aquí en Puerto Rico hace falta ese tipo de figuras?

EL: Sí hace falta, para que se aprecie la historia. La posición mía es que Henríquez vivió hace trescientos años y si a Sigfrido lo ponen a pelear con dragones, yo no hago lo mismo; mi Henríquez es un hombre natural. Si ha habido alguna ficción histórica, es justificable por el tiempo que ha pasado. A él no se le conoció el origen de la madre ni el del padre. Pues yo puedo hacer ficción de ello. A él no se sabe quien lo crió. Pues yo inventé un sacerdote que lo crió y lo educó. Ese sacerdote es una ficción dentro del libro y está junto a una figura histórica. Yo estoy haciendo leyenda de esa historia.³⁹

Estas afirmaciones de Laguerre junto a las que ya señalamos al principio de este trabajo, podrían concordar con los conceptos de "comunidades imaginadas"⁴⁰ o de "invención de la tradición".⁴¹ Sin embargo, postulamos que Laguerre las viene afirmando desde mucho antes y que para él no tienen la carga semántica que muchos críticos le confieren a estas prácticas, sino que las mismas forman parte de un proyecto que es necesario realizar por la condición colonial que padecemos.

³⁸ *Ibid.*: p. 91.

³⁹ Costa, *op.cit.* p. 91.

⁴⁰ Anderson, *op. cit.*

⁴¹ Hobsbawn, *op. cit.*

LA METAFICCIÓN

El carácter de metaficción, que el texto asume, no lo consideramos como una concesión que hace Laguerre a la última moda, sino como una guiñada de un viejo zorro que está consciente de la estirpe cervantina de lo que se presenta como la última novedad y así lo señala en su escrito "El arte de novelar":

...sino porque no hay concepto relacionado con ese género al que él no se anticipara... ¿Los personajes imponiéndose al autor? ¿El símbolo como método novelesco más que como recurso estilístico? Mucho antes de que Dostoievski, Chekov, Joyce, Pirandello, Kafka, Camus, pusieran en práctica sus ideas de creación literaria, Cervantes las había anticipado. Creo que un autor no se puede adiestrar en el arte de novelar sin antes conocer el *Quijote*, suma y síntesis del universo novelesco.⁴²

Ahora bien, en su caso el uso de la metaficción va dirigido a desarticular la autoridad de la historia oficial y sus discursos. Este carácter metafictivo, meta-literario o metadiscursivo se manifiesta de diversas formas en el texto. En primer lugar debe señalarse el carácter discursivo que predomina en el relato, más que referimos un serie de acciones, el texto pone en el primer plano la maraña de discursos que intentan justificar las prácticas sociales (los detractores de Henríquez) o desafiar esas prácticas (Henríquez). Asistimos, pues, a la urdimbre de discursos y contradiscursos en boca de los personajes. En un primer plano se coloca la tríada de don José Honesto del Pozo, el padre Gerónimo y el propio corsario, Miguel Henríquez. Haciendo una homología a don José le correspondería exponer la tesis, a Henríquez la antítesis y al padre Gerónimo la síntesis, aunque más bien inclinado del lado de Henríquez. La estructura del juicio será entonces la que articule la textualidad, tanto en el nivel anecdótico, en el cual los personajes desfilarán como testigos de reputación a favor y en contra del corsario, desfile de prueba, refutaciones y, finalmente, el veredicto; como en el nivel global de la estructura del texto. A esta heteroglosia se suman los escritos que redactan los personajes, la 'Relación de cargos contra el Capitán Miguel Henríquez' las 'notas' que acompañan la anterior relación y las 'Memorias' en que Henríquez las refuta: "Como los días y las horas pasaban sin que encontrase respuesta, me puse a escribir estas memorias".⁴³

El texto se preocupa además por señalar la refracción que sufren estas narraciones al pasar a través de los filtros ideológicos de los distintos personajes quienes están constantemente interpretando, comentando y calibrando tanto el discurso propio como el ajeno:

Por el texto de aquellos pliegos —escritos en estilo de crónica fragmentada— descubrí un tono de redacción conocido —y me resistía a creerlo—, el estilo de un escritor frustrado.⁴⁴

⁴² Laguerre, *Educación*, XIII, no. 9, (agosto 1963), 117.

⁴³ *Proa libre...*, p. 190.

⁴⁴ *Ibid.*: p. 49.

En seguida advertí el peculiar estilo retórico de don Simón Contreras y Sánchez, allí donde el había metido la mano para darle más dignidad, como decía, a la expresión. Y con el fin de imprimirle mayor solemnidad no había olvidado estampar su firma en una otra página.⁴⁵

En el entretejido retórico de don Simón Contreras tampoco se perdía la verdad.⁴⁶

... No me sorprendió que del Pozo hablase como un cruzado medieval.⁴⁷

Este es otro aspecto en que la novela cumple con las características definitorias de la nueva novela histórica hispanoamericana y, simultáneamente, con la conceptualización que sobre la construcción de la nacionalidad y la tradición sostiene Laguerre: "La multiplicidad de perspectivas asegura la imposibilidad de lograr el acceso a una sola verdad del hecho histórico. La ficción confronta diferentes interpretaciones que pueden ser contradictorias".⁴⁸

Esta proyección al primer plano de los discursos (escritos u orales) revela la importancia que el autor les confiere como dispositivos ideológicos, ya que para él son más bien vehículos que exponen una cosmovisión, un imaginario, las circunstancias... como esté de moda denominarlos, no transcripciones fieles y exactas de la realidad como la historia oficial reclama.

Ahora bien, además del carácter metadiscursivo que ya hemos señalado, en el caso de Laguerre, esta multiplicidad de perspectivas le sirven para autorizarse e insertar su peculiar visión o *leudar la historia*, ya que, si los historiadores editan, subrayan, jerarquizan, caracterizan, metaforizan, insinúan biografías —técnicas retórico literarias milenarias— ¿por qué entonces los literatos no han de poder usar también materiales documentados históricamente para hacer literatura?

Esto justifica la función del personaje del padre Gerónimo, quién desde el punto de vista de la anécdota pareciera un personaje innecesario, sin embargo, desde el punto de vista de la metaficción, su mediación o interpretación de los discursos está dirigido a destacar el carácter de constructo de todo intento de representación verbal de la realidad:

Es decir, Su Ilustrísima estaba enterado de prominentes datos biográficos, de una figura; sin embargo, ignoraba detalles sobre la persona, quién era Miguel Henríquez,... Tuve yo que tomar la palabra, o sacársela de la boca a Henríquez, que apenas se prestaba para hablar de sí mismo. Sólo cuando se resistió a dejarse inventar por mí —los afectos surten espontáneamente hasta la invención— intervino para situar lo real, pero, paso a paso, fue tomando confianza y se quedó con la palabra...⁴⁹

⁴⁵ *Ibid.*; p. 59.

⁴⁶ *Ibid.*; p. 69.

⁴⁷ *Ibid.*; p. 71.

⁴⁸ Ainsa, *op. cit.*; p. 7.

⁴⁹ *Proa libre...*; p. 125.

A mí mismo, que he conocido como pocos la vida de donde sacó alas el Capitán, se me figuran enigmáticas muchas de sus circunstancias vitales, porque es difícil definir a un ser humano goloso de riquezas y comodidad que mantiene en la intimidad más profunda, un imperecedero fervor por dos seres primitivos a quienes ha levantado un altar de admiración. Ahí es donde se me extravía un poco la personalidad un tanto inasible de Henríquez. He aquí el porqué de mi inclinación, en algún momento, de inventarlo...⁵⁰

Obviamente estas afirmaciones pueden verse como una alusión al proceso de construcción del texto ya que el padre Gerónimo nos recuerda, por su trayectoria en la novela, a Fray Bartolomé de las Casas, quien de igual manera, contribuyó a la invención y mitificación de Cristóbal Colón y su gesta del descubrimiento. Evidentemente los "datos biográficos" pertenecen a la historia, al historiador; "la persona" por otro lado, pertenece a la labor del novelista, por lo que podríamos ver en el padre Gerónimo, también, un heterónimo de Laguerre, el autor histórico.

Para insistir sobre este aspecto, también el protagonista está consciente de la construcción a que todos estamos sujetos:

Ya me creían invulnerable, antes de comenzar, por lo que entendí que los otros —aún mis antiguos enemigos— también contribuían a inventarme, como si fuera esa decisión de dioses.⁵¹

... sólo que lo estoy viendo todo desde mi reducido lugar donde se encuentra el capitán Miguel Henríquez quien a lo mejor está exagerando sus hazañas orientado por el egocentrismo, Dios me valga. Aunque no sea la pulga que le doble el lomo al camello, aquí estoy para narrar las cosas según las he experimentado.⁵²

Estas declaraciones se encaminan a la eventual literaturización o novelización ya sea por medio del propio esfuerzo del personaje, o por la eventual intervención de "algún escritor" ya que para el autor implícito la vida no es sueño, sino un discurso sobre otro discurso.

... algún día, mañana, el año que viene, dentro de doscientos años, quien va averiguarlo, se sabrá mi punto de vista, el que tratan de ahogar ahora, y se me relevará de acusaciones forjadas maliciosamente.⁵³

También ha acometido empresas que requieren un caudal de valentía para consumación, cosa que no han visto sus acusadores y sin duda verá algún escritor un poco más avisado con el devenir de sabe Dios cuántos años.⁵⁴

⁵⁰ *Ibid.*; p. 127.

⁵¹ *Ibid.*; p. 239.

⁵² *Ibid.*; p. 243.

⁵³ *Ibid.*; p. 191.

⁵⁴ *Ibid.*; p. 241.

Esto que “verá algún escritor un poco más avisado con el devenir” proyecta la novela hacia un futuro que contiene dos presentes. El primer presente es el del proceso físico de la escritura de la novela y el segundo es el del momento histórico en que vive ese escritor, “más avisado con el devenir” quien desde ese momento, procesará ese pasado. En este sentido tanto las anacronías deliberadas como la superposición de tiempos históricos cumplen con lo que Ainsa señala:

La nueva novela histórica ha abolido la *distancia épica* (Mijail Bajtin) de la novela histórica tradicional, eliminando; “la alteridad del acontecimiento” (Paul Ricoeur) inherente a la historia como disciplina. El género de la novela por su misma naturaleza “abierta, libre, integradora”, permite un acercamiento al pasado en verdadera actitud dialogante, esto es, noveladora; ya que se trata de despojar a la historia anterior de su jerarquía distante y absoluta para atraerla hasta un presente que, sólo esclareciéndola e integrándola, podrá abrirse paso hacia el futuro” (Alicia Chibán).⁵⁵

CONCLUSIÓN

Imperturbable ante los que desde hace algún tiempo le han extendido un certificado de defunción a la nación y a la nacionalidad, Laguerre culmina con esta novela un proyecto literario que se trazó con toda intención y contraviendo “la falacia de la intención” de los estructuralistas, su práctica escritural obedece a ese proyecto del treinta —la creación de una conciencia nacional— que es una de sus aspiraciones como integrante de este grupo. *Proa libre sobre mar gruesa* es entonces un texto que le permite a Laguerre practicarse, una vez más, como “escritor nacional puertorriqueño”; compromiso que él asumió desde el inicio de su carrera, no por chauvinismo intelectual, sino como un dispositivo ideológico que le permitiera enfrentarse al efecto disolvente de los imperialismos que hemos padecido.

Edith Faría Cancel
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

⁵⁵ Ainsa, *op. cit.*; p. 7.